

BIBLIOTECA DE EL PLUS ULTRA.

EL CAPITAN CORCORAN

(AVENTURAS MARAVILLOSAS)

POR

ALFREDO ASSOLANT

VERSION ESPAÑOLA

POR

D. FRANCISCO NACENTE.



BARCELONA:

LUIS TASSO, IMPRESOR-EDITOR,

CALLE DEL ARCO DEL TEATRO, NÚM. 21 Y 23.

MDCCCLXXV.

—¡De todos!—exclamó el breton riendo.—Lo presumía... ¿y decís que van á echarlos afuera?
—Al menos! lo esperamos,—dijo Holkar;—mas yo

temo no verlo; porque este Rao, mi primer ministro hasta tres meses atrás, previno al coronel Barclay esperando obtener en premio de su traicion mis do-



La caza del rinoceronte.

minios y mi hija. Tuve alguna sospecha de esa infamia y le mandé dar cincuenta palos... Ved ahí como empezó la cosa...

—¡Cómo! ¿ese horrible mamarracho esperaba ser vuestro yerno?—preguntó Corcoran indignado.

—Si, este hijo de perra, que tuvo por padre un

mercachifle parsi de Bombay, quería casarse con la hija del último de los Ragüidas, la raza más noble del Asia.

Cumple notar que el capitán que hasta allí se interesaba poco en el relato de Holkar, comenzó á prestar viva atención. Desde entonces no sintió más

que un deseo, el de coger á Rao y sentarlo en la punta de un palo... ¡Aspirar á la mano de Sita!... ¡la joven más hermosa de toda la India!... ¡un ángel de gracia, bondad y candor!... Aquel Rao no escaparía del palo sino para ir á la horca.

Tales fueron las reflexiones del capitán. Y si alguno se asombra del interés que se tomaba por una joven cuya cara y nombre no conocía aun el día antes, le diré que era hombre del primer arranque, que adoraba las aventuras (sin ser aventurero) y que no le disgustaba proteger á una joven y bella princesa oprimida, y sobre todo oprimida por los ingleses.

—Señor Holkar,—dijo por fin,—no hay más que un partido que tomar: aplazar para otro día la caza del rinoceronte y perseguir á Rao hasta la muerte. El bergante no estará lejos todavía.

—¡Ay! eso había pensado, pero nos lleva ocho horas de ventaja; habrá llegado sin duda al ejército inglés... Pero hagamos algo mejor... no tardemos... están dadas las órdenes para la caza. Vamos á partir á las seis, hora en que el sol se levanta, pues más tarde el sol es insoportable. Dejaremos mi hija en palacio bien custodiada, porque Rao podría tener inteligencias en la plaza, y volveremos á las diez... Ali quedará en palacio y Sugriva irá á adquirir noticias y rondar por las cercanías.

—Pero ¿qué nos obliga á cazar hoy el rinoceronte, si teméis algún peligro?

—Querido huésped,—replicó Holkar,—el último Ragüida no quiere perecer, si ha de perecer ahumado y escondido en su palacio como un oso en su madriguera. No es ese el ejemplo dado por mi abuelo Rama, vencedor de Ravana, príncipe de los demonios.

—Pues bien,—dijo Corcoran que no podía apartar de su mente malos presentimientos;—¿quereis á lo menos que deje á vuestra hija un guardian más fiel y terrible que Ali y toda la guarnición de Bagavapur?

—¿Qué amigo es ese tan fiel y terrible?

—Pardiez, Luisina!

Al mismo tiempo la tigra, que oyó hablar de ella, se alzó sobre sus patas traseras y apoyó sus manos en los hombros de Corcoran.

Sita llegaba en aquel momento.

—Querida hija,—dijo Holkar,—mañana iremos á caza del rinoceronte....

—¿Conmigo?—interrumpió la joven.

—No; tú te quedarás en palacio. El traidor Rao puede correr el campo con sus ginetes y no quiero exponerte á un encuentro.

—Pero, padre,—dijo Sita que esperaría sin duda participar de los placeres de la caza,—yo montó bien á caballo como sabéis, y no me apartaré de vos un solo instante.

—Quizás,—añadió Corcoran,—estaría más segura entre nosotros... Yo os prometo velar por ella, y si Rao llegase al alcance, lo remitiría á los dientes de mi Luisina.

—No,—dijo el anciano,—un encuentro es siempre desagradable.... y prefiero aceptar la oferta que me habeis hecho de Luisina.

—¿Cómo, señor!—dijo Sita batiendo palmas de contento;—¿me dais vuestra Luisina para todo el día?

—Para siempre os la daría,—respondió Corcoran,—si pudiese yo creer que ella se dejase dar; pero es algo caprichosa y nunca ha querido escuchar mas que á mí... Aquí, Luisina: por ahora no eres mia hasta mi regreso... velarás por esta princesa; si alguien le habla gruñirás, si alguien la disgusta te lo zampas

para almorzar. Cuando ella quiera pasearse por el jardín, la acompañas, y la mirarás siempre como tu soberana y señora... ¿conoces bien todos tus deberes?

Luisina miraba alternativamente á su amo y á Sita y daba sordos maullidos de alegría.

—Me has comprendido,—añadió Corcoran.—Pruébalo tendiéndote á los pies de la princesa y besándole la mano.

Luisina no titubeó; se tendió y correspondió á las caricias de Sita lamiéndole las manos con su lengua un poco áspera.

—Un guardian semejante,—prosiguió Corcoran,—equivale á un escuadrón de caballería por la vigilancia y bravura. En cuanto á inteligencia no hay quien la iguale... jamás comete indiscreción... no es amiga de vanas lisonjas... sabe distinguir á sus verdaderos amigos de los que quieren engañarla; no es golosa y la menor carne cruda la satisface... En fin tiene un tacto peculiar para conocer la gente, y más de cien veces la he visto librarme de preguntas indiscretas con un solo rugido lanzado á tiempo.

—Señor Corcoran,—dijo Sita;—no hay tesoro que pueda pagar semejante amistad. Pero yo la acepto á trueque de la mia.

Mientras se deliberaba se asomó el día. Corcoran dió el beso de despedida en la frente de Luisina; se inclinó respetuosamente delante de Sita y montó á caballo con Holkar seguido de una partida de cuatrocientos ó quinientos hombres. Luisina les miró partir con pena; pero al fin pareció resignarse. Al llamarla Sita entró en el palacio é indolentemente acostada en la veranda, (1) aguardó como la princesa la vuelta de los cazadores.

CAPÍTULO IV.

LA CAZA DEL RINOCERONTE.

Por desgracia Luisina á pesar de todas sus buenas cualidades era del sexo á que los tigres deben sus madres, de modo que no bien vió desaparecer por el horizonte la partida de cazadores y respirado el delicioso perfume de las selvas que la brisa le trajo, cuando sintió deseos de tomar el portante á paso redoblado y reunirse con el capitán Corcoran, dejando á un lado palacios y empleo de guardia de corps cuya importancia no adivinaba la pobre.

En cuatro palabras: era caprichosa, vanidosa, ligera de cascos y amiga de divertirse. Tal vez soñaba también en la caza del rinoceronte, lo que no se ha podido saber jamás, porque entre sus defectos no tenía el de contar sus pensamientos al primero que se presentase.

Sea como fuere, bostezó con fuerza, se estiró en todos sentidos con tanta languidez, y empezó á echar tan sordos rujidos que dejaban ver su mucho aburrimiento, que Sita no obstante su gran deseo de tenerla á su lado, comenzó á temer su proximidad y acabó por darle libertad.

Apenas se abrió la puerta del palacio cuando la tigra se lanzó de un salto, salvó la cerca que separaba el jardín del resto de la ciudad, pasó por encima de la cabeza del centinela amilanado, recorrió dos ó tres calles, tumbó algunas docenas de ciudadanos que

(1) Especie de galería ligera de juncos ó cosa semejante en la India. (N. del Trad.)

mataban el tiempo charlando delante de sus tiendas, llegó por fin á la puerta principal de Bagavapur donde los soldados se guardaron muy bien de gritarle el ¡alto! pero le hicieron iguales honores que á un jefe superior, pues corriendo entraron en el cuerpo de guardia, cogieron los fusiles para hacer una descarga general, á la que Luisina no se dignó responder.

Mientras corría no olvidaba tomar informes mirando atenta la pista de los caballos y alzando en alto la nariz como buen perro guion que olfatea la caza.

El principe Holkar y Corcoran habian llegado al paraje de la caza y por muchos motivos de recelo que sintieran, hablaban alegremente pareciendo no pensar más que en el rinoceronte.

—¿Habeis cazado alguna vez el rinoceronte?—preguntó Holkar.

—Nunca,—respondió el otro.—He cazado el tigre, el elefante, el hipopótamo, el león, la pantera; pero el rinoceronte es un animal desconocido para mí. No lo he visto jamás, ni aun en las casas de fieras.

—Es un venado muy raro y precioso,—dijo Holkar.—Es muy alto cuando ha llegado á su mayor crecimiento. Dos ó tres he visto yo, que no tenian menos de seis piés de alto por doce ó quince de largo. El rinoceronte es pesado, macizo; tiene la piel rugosa y más dura que una coraza, la cabeza corta, las orejas rectas y móviles como las del caballo, el hocico truncado y provisto de un cuerno que es su arma principal. Ya vereis antes de una hora como se sirve de él. Si somos afortunados en esta caza, lo que no es muy seguro porque tiene la piel á prueba de bala y es más robusto que los demás animales sin exceptuar los elefantes, os prometo para la comida un plato de bistec de rinoceronte que no es de despreciar; pues no se come más que en la mesa de los reyes...

Así hablando Holkar y Corcoran llegaron á una encrucijada que se encontraba á la entrada de la selva, y que se llamaba la *Encrucijada de las Cuatro Palmeras*.

—Parémonos aquí,—dijo Holkar descabalgando.—Nuestros caballos no soportarian la vista, ni el olor, ni el choque del rinoceronte. Vamos á montar á elefantes.

Con efecto, una posta de elefantes dispuestos y arreados de antemano aguardaba á los principales cazadores.

—¿Para qué sirve,—preguntó el capitán,—aquel hombre que está ahí delante y casi á las orejas del elefante?

—Es el conductor,—contestó Holkar.—Únicamente él puede hacerse escuchar y obedecer del animal.

—¿Y estotro que se ha puesto respetuosamente detrás de mí y parece aguardar mis órdenes?

—Querido huésped, es el que debe ser comido.

—Comido! ¿por quién? yo no tengo ganas de comer, y ¿no será el almuerzo que me habeis destinado, supongo?

—Comido por el tigre, capitán.

—¡Por el tigre! ¿qué tigre? Vamos á caza del rinoceronte y no del tigre, si no me engaño.

—Querido amigo,—dijo Holkar riendo,—es una costumbre inglesa que hemos adoptado y que como vereis es excelente. Los ingleses notaron que en nuestras selvas se tienen á veces encuentros que uno no espera (el de un tigre, por ejemplo, ó de un jaguar, ó de una pantera.) Y este animal que se levanta muy temprano como nosotros, que tiene

ganancia de comer como nosotros y más que nosotros, que vive de lo que caza y no tiene otro medio de subsistencia, aguarda á menudo al pasajero en un recodo de algún sendero con la esperanza de almorzar... Además, como no le gusta acometer cara á cara, casi siempre salta por detrás de la gente en el momento en que uno menos espera y os lleva al juncal para devoraros á su gusto. Pues, los ingleses, que son gente muy cuerda, muy prudente, verdaderos *gentlemen* y que miran su piel como más preciosa á los ojos del Eterno que la de todos los demás individuos de la raza humana, han inventado el medio de poner á horcajadas en el elefante cuando van á la caza ó á paseo, además del cornac encargado de mandar el animal, á un pobre diablo que debe servir de presa al tigre si por algun malhadado azar corre alguno por las cercanías, porque, en fin, dicen ellos, no es justo que un gentleman se exponga á ser comido como un pobre diablo, y la divina Providencia ha debido crear los pobres diablos para hacerlos devorar en lugar de los gentlemen. ¿No es eso raciocinar admirablemente, amigo? y ¿no estareis vos tambien contento de que ese muchacho que está detrás vuestro sirva de bistec al tigre en vez de vos?

—¡No á fó!—dijo Corcoran,—y le ruego que baje enseguida y que se vuelva á Bagavapur por el camino más corto. Si he de servir de pasto a alguno, hombre ó bestia, espero que no será sin haberme defendido y... ¿mas qué es esto?

Los elefantes alzaban la trompa y daban señales de vehemente pavor. Pronto manifestaron los cornacs que no podian gobernarlos.

—Esto quiere decir,—contestó Holkar,—que cerca de aquí en el juncar hay una cosa que no vemos todavía, pero que debe ser muy perniciosa á juzgar por el espanto de los elefantes. Alerta, capitán, y mirad en derredor.

Al mismo instante los caballos se encabritaron con violencia, varios ginetes de la escolta cayeron por tierra y los elefantes tomaron la fuga á pesar de los esfuerzos de sus conductores.

Luisina era la causa de todo el desorden: llegaba á todo galope salvando fosos, cercas, setos con la velocidad de una locomotora lanzada á todo vapor.

A su vista cada cual echó mano á las armas; pero Corcoran tranquilizó á todos.

—¡Eh, nada temais!—dijo,—es mi querida Luisina... ¡Hola! ¿eres tú, señorita?—añadió mirándola con aire que queria hacer severo,—¿a qué vienes aquí?

Luisina no respondió; pero movió la cola de un modo muy significativo.

—Si, ya lo veo,—añadió Corcoran,—te fastidiabas en el palacio... la señorita queria cazar el rinoceronte... ¡Ea! abajo, Luisina, no me gustan esas maneras familiares cuando se está en falta... ¿no es cierto?... si, lo leo en tus ojos... A ver, vente conmigo, sigue la caza, sé prudente y cuidado con espantar á nadie.

Encantada de este permiso y de tan favorable acogida, Luisina no tardó en hacerse perdonar su imprevista llegada, y en poco tiempo fué la íntima amiga de toda la escolta de Holkar, hombres y bestias, ó al menos nadie osó manifestarle el placer que tendría sabiendo que estaba encerrada en una buena y sólida jaula á mil quinientas leguas de Bagavapur.

Luego anunciaron los ojeadores que habian encontrado la pista del rinoceronte y que pronto desembocaría por un sendero á cuya entrada se hallaban varios cazadores y entre ellos Holkar y Corcoran.

No tardó en aparecer el animal acosado por los batidores que le apedreaban sin hacerle no obstante el menor daño. Las piedras por gruesas que fuesen, rebotaban en su fuerte coraza como bolitas de miga en el casco de un lancero. Avanzó al trote corto sin parecer conmovido ni intimidado por el número de sus adversarios.

—¡Atencion! ¡alinearse!—dijo Holkar,—aqui está. El solo punto en que podais herirle es el ojo ó la oreja y no podeis herirle sino de lado, pues de frente está cubierto por todas partes.

Habia acabado apenas de hablar cuando se oyó una descarga general de fusileria. Más de sesenta balas dieron en el cuerpo de la fiera sin hacer mella en su piel. Solo Corcoran se habia guardado de tirar y bien le valió.

El rinoceronte conmovido en finé irritado con aquel ataque, alzó la cabeza y precipitándose con una rapidez y furia espantosa fué á clavar el cuerno al elefante que montaba Corcoran. Al imprevisto choque vaciló el elefante y procuró coger al enemigo con su trompa para alzarlo y aplastarlo contra un árbol ó una peña; mas el rinoceronte nunca se quedaba á descubierto y de otra cornada que penetró hasta el corazon, derribó al elefante que cayó pesadamente á tierra como encina descajada.

Al propio instante se desentendió el rinoceronte de su adversario y se echó sobre Corcoran quien acababa de ser derribado con su montura. Horrible era la situación del capitán. Los más bravos cazadores no osaban aproximársele, y él tenia el pie enredado en los arneses del elefante y no podía ponerse de pie.

—¡A mí, Luisina!—gritó.

Por fortuna la tigra no había aguardado á que la llamasen. Seguia la caza como aficionado y parecía haber ido á ella tan solo para juzgar los golpes. Mas viendo el peligro en que se encontraba su amigo, se lanzó de un salto, giró en torno del rinoceronte, lo cogió por las orejas y lo tuvo inmóvil á pesar de todos sus esfuerzos. Merced á este pronto socorro Corcoran pudo desenredarse y se encontró de pie delante de su enemigo.

—¡Bravo, mi Luisina!—dijo,—retenlo bien... así, así... aguarda, déjame buscar el punto vulnerable... ¡Ah, ya le veo!

Al mismo tiempo aplicó el cañón de su carabina á la oreja del rinoceronte y disparó. El animal herido de muerte, tuvo una convulsión suprema, hizo un esfuerzo que arrojó á Luisina á quince pasos á la espalda de un cazador y cayó desplomado.

—Querido huésped,—dijo Holkar,—vuestra es toda la gloria de esta cacería, y diera yo la mitad de mis dominios por tener un amigo tan leal, tan adicto, bravo y experto como Luisina... Por hoy ha terminado la caza. Mañana quizás os encontraremos una cosa mejor... En marcha.

Levitaron el rinoceronte, lo metieron en un carro, y se tomó el camino de Bagavapur. Entre tanto Luisina recibía las gracias de su amo y mostraba con sus saltos el contento que tenía por haberlo salvado.

Sin embargo, el regreso no fué tan alegre como se esperaba. Cada uno parecía tener el presentimiento de alguna gran desgracia. Corcoran sin decirlo se acusaba de haber consentido en aquella cacería; Holkar se reprochaba más por haberla propuesto, y ambos temían por Sita. De pronto á una media legua de Bagavapur, de lo alto de una colina que dominaba el valle de Nerbudda y la ciudad, se vió una huma-

reda densa que se elevaba de los arrabales y se oyó un fragor confuso, sordo y lejano en que dominaba el estampido de la artillería, la fusilería, y los chillidos de mujeres y niños.

—Señor Holkar,—dijo Corcoran—¿oíste, veis? Bagavapur arde ó ha sido tomada por asalto.

—¡Y mi hija!—exclamó Holkar pálido y angustiado.—¡Pobre Sita!

Hundió las espuelas en su caballo y partió como un rayo. Corcoran le siguió con igual celeridad. El resto de la escolta, aunque corría á todo escape, se quedó muy atrás. Los dos llegaron á la puerta más cercana e interrogaron á un oficial.

—Señor,—dijo á Holkar,—ignoro lo que ha pasado. Se ha declarado fuego en cinco ó seis puntos á la vez y hasta en el palacio de S. A.; pero...

—¡En mi palacio!—exclamó Holkar no escuchando ya al oficial que parecía querer continuar.

Lanzóse con más furia que antes en dirección de su palacio. Sin decir palabra Corcoran le seguía, y Luisina corría al lado de ellos. Todo estaba en desorden en el palacio. En las gradas de la escalera principal se veían charcos de sangre. Varios cadáveres se hallaban tendidos por las galerías. Casi todos los criados de Holkar eran muertos. El anciano al ver aquello se mesaba los cabellos.

—¡Ay de mí! ¿dónde está Sita?—gritaba.

De pronto apareció Ali. Tenía una puñalada en el pecho, pero no era mortal la herida.

—Ali, Ali, ¿qué has hecho de mi hija?—gritó Holkar con voz de Estentor.

—¡Señor!—exclamó Ali prosternándose,—perdonad á vuestro esclavo. ¡La han robado!

—¡Robado á mi hija!—gritó Holkar,—y tú, cara de perro, no has hecho nada por salvarla? ¡Desgraciado! ¿dónde está mi hija? ¿Quién la ha robado? ¡Habla, habla, maldición!

—Rao, señor,—dijo Ali.—Tenía inteligencias en el palacio. La princesa ha sido cogida por hombres emboscados que han muerto á puñaladas á la mayor parte de vuestros criados, y se la han llevado á pesar de sus gritos y lágrimas en un batel preparado. La han llevado á la ribera opuesta del río donde Rao los aguardaba con sus ginetes, y todos juntos han marchado no sabemos en qué dirección, porque habían tenido la precaución de amarrar á la otra orilla todas las barchas, de modo que no se ha podido perseguirlos.

Anonadado por su desgracia, Holkar no escuchaba nada; pero Corcoran si bien vivamente conmovido con aquel inesperado golpe, no pensaba más que en recobrar á Sita.

—¿Y de donde proviene este humo que hemos visto por encima de Bagavapur?—dijo.

—¡Ay! señor Corcoran,—respondió Ali,—esos bandidos para asegurar el éxito de su crimen habían pegado fuego á cinco ó seis puntos de la ciudad; mas pronto ha sido apagado.

—Pues bien,—repuso Corcoran,—hay que ir á nadar por barchas á la otra orilla, y nos pondremos en persecución de los raptos.

—Señor capitán, el mal es más grave de lo que creéis,—añadió Ali.—Acabamos de saber al mismo tiempo que la vanguardia del ejército inglés se halla á cinco leguas de aquí, y eso probablemente da á ese miserable Rao la audacia de provocarnos hasta aquí en Bagavapur. Se ha visto ya un destacamento de caballería por las cercanías.

—¡Bien! ¡que vengan ahora cuando quieran!—gritó Holkar desesperado;—que me tomen la vida, y mi tesoro y mi ciudad. He perdido á la hija de mi corazón que era la única que para mí daba valor á todo esto. Lo he perdido todo.

—Sed hombre, huésped mío,—dijo con entereza Corcoran tomándole la mano,—y recobrad el valor. Os han robado á vuestra hija, pero no muerto ni deshonrado. La encontraremos; yo os lo fio; ¡ah! ¿por qué no ha quedado á su lado Luisina?... no habrían herido ó aterrado ó corrompido á ella como á esos desdichados esclavos... Lo que había de suceder ha sucedido. Holkar, me despido de vos.

—¡Me dejais! ¡y en qué momento!

—Querido huésped, os perdono esa injusta sospecha. Voy á perseguir al miserable Rao, cogerlo con mi propia mano y colgarlo del primer árbol que encuentre.

—Si, tenéis razon,—contestó Holkar reanimado con la esperanza de recobrar á su hija,—y parto con vos.

—No, quedaos para dirigir las pesquisas y hacer cara á los ingleses que van á sitiar vuestra ciudad. Yo que nada sé que me retenga, voy á buscar á Sita y traérosla; así lo espero... ¡Ea! Luisina, querida, por culpa tuya la hemos perdido, á ti te toca hallarla... Conque busca...

Así diciendo tomó el velo de Sita, perfumado aun con los aromas del iris, y lo hizo olfatear á la tigra, diciendo:

—Es Sita, Sita la que hemos de hallar, busca.

Al propio tiempo los bateleros que se habían arrojado á nado en el río trajeron el batel mismo en que habían puesto á Sita. Sin vacilar Luisina se embarcó con su amo, un caballo y dos bateleros. Corcoran atravesó el Nerbudda, tomó tierra con su Luisina, y le presentó de nuevo el velo de Sita. Esta nueva llamada hecha á la inteligencia de Luisina fué perfectamente comprendida, y sin titubear tomó la tigra por un camino poco frecuentado que llevaba á un vasto claro donde era fácil conocer por las patadas marcadas en el suelo el paso de una partida numerosa de á caballo.

De allí tomó un camino ancho bien cuidado, seguida de Corcoran al trote largo de su caballo. A una legua más adelante, encontró un pedazo del vestido de Sita que sin duda se había enganchado á un zarzal y lo señaló con una mirada al capitán. Este se apeó, recogió el precioso despojo, lo llevó á su corazón y prosiguió la marcha.

Por último Corcoran oyó el ruido de una partida de caballería que avanzaba por aquel lado, y esperó encontrar pronto á Sita y su raptor. Pero se había engañado; era un escuadrón del 25º regimiento de caballería inglesa que batía el campo. Hizo signo á Luisina de permanecer inmóvil y avanzó al encuentro de los que llegaban.

—¿Quién vive?—gritó el oficial con voz ronca.

—Amigo,—respondió Corcoran.

—¿Quién es V.?—preguntó el oficial inglés.

Era ese oficial un joven alto, de cabello y patillas rubias, ancho de espalda, que tenía todo el aire de excelente jinete, vigoroso boxeador y buen jugador de cricket.

—Soy francés,—respondió Corcoran.

—¿Qué hace V. aquí?—añadió aquel.

El tono imperioso y brusco del inglés no agrado al breton que respondió con sequedad:

—Me paseo.

—Caballero,—dijo el inglés,—no estoy para chanzas. Estamos en país enemigo y tengo el derecho de saber quién es V.

—Es muy justo,—replicó Corcoran.—Pues bien, he venido aquí en busca del famoso manuscrito de las leyes de Manú, el Gurukaramta, que se me ha dicho estaba escondido en algún templo ignorado. ¿Podría V. indicarme donde está?

El inglés le miraba indeciso no sabiendo si Corcoran hablaba en serio ó se burlaba de él, y le preguntó:

—¿Tendrá V. sin duda papeles que atestigüen su identidad?

—¿Conoce V. este sello?—preguntó Corcoran.

—No.

—Pues es del señor Guillermo Barrowlinson director de la Compañía de las Indias y presidente de la *Geographical, colonial, orographical and photographic Society*, y que V. conocerá sin duda.

—¡Que si le conozco! es el que me ha conseguido mi empleo de teniente en el ejército de las Indias.

—Pues bien,—repuso Corcoran,—esto es una carta de recomendación que este caballero...

—Baronet querrá V. decir,—interrumpió el oficial.

—Este baronet, si V. prefiere, me dió para el gobernador general de Calcuta.

—Está bien,—dijo el oficial.—¿Y de donde viene V.?

—De Bagavapur.

—¡Ah! V. ha visto al rebelde Holkar. ¿Qué le parece? ¿Está pronto á someterse, á batirse?

—Señor,—dijo Corcoran,—V. juzgará mejor que yo cuando se halle más cerca de Bagavapur.

—Pero tiene ejército numeroso y disciplinado?

—No entiendo nada de estas cosas... ¿Y ahora señores, quieren que siga mi camino?

—Paciencia, caballero!—dijo el oficial.—¿Quién nos dice que no es V. un espía de Holkar?

Corcoran miró de hito en hito al inglés diciéndole con frialdad:

—Si estuviese V. en campo raso solo conmigo sería V. más cortés.

—Caballero,—replicó el inglés,—poco me importa ser cortés, pero si cumplir mi deber. Siganos al cuartel general.

—Iba á rogarle que me llevasen á él,—contestó el breton.

Y con efecto pensó que el mejor medio de saber á donde habían llevado á Sita era ir al cuartel general del ejército inglés, donde á no dudar Rao había debido buscar un asilo.

—Pero,—añadió,—V. me permitirá llevar un amigo.

—Seguramente, caballero,—dijo el inglés,—todos los amigos que V. quiera llevar.

Corcoran silbó; al mismo instante Luisina pareció. Ver á Corcoran, precipitarse y ponerse á su lado fué obra de un instante. Los caballos del escuadrón sobrecogidos de espanto invencible, se agitaron para escapar á sus ginetes y correr campo á traviesa. Los ginetes tan conmovidos como sus caballos, pero retenidos por la honrilla militar, mucho tuvieron que esforzarse para no emprender la huida.

—Caballero,—dijo el oficial,—la chanza es algo fuerte... ¿Dónde ha escogido V. ese amigo?

—Me asombro de su asombro, señores,—replicó el breton.—Vds. ingleses que creen conocer todo género de animales, corren en busca de caballos, perros, zorros y gallos y demás bestias de la creación... yo prefiero los tigres... cada uno tiene su gusto. ¿Acaso tendrían Vds. miedo de un compañero semejante?

—Caballero,—dijo el inglés encolerizado,—un gentleman inglés no tiene miedo de nada; pero yo pregunto si la compañía de un tigre es muy digna de un gentleman.

—Luisina piensa quizás en este momento lo mismo,—dijo á su vez Corcoran,—y se pregunta si la compañía de un gentleman inglés es muy digna de ella. Pero en fin, hagamos con regularidad las cosas. Señor teniente, ¿qué nombre es el suyo?

—Juan Robarts, caballero,—respondió el inglés en tono de mal reprimida soberbia.

—Está bien,—prosiguió Corcoran.—Atencion, Luisina. Te presento al muy honorable Juan Robarts, teniente del 23º regimiento de húsares de la reina... ¡lo oyes?... y tendrás cuidado de no hincarle el diente ni la garra excepto en el caso de legítima defensa...

—¡Caballero!—interrumpió el inglés.—¿acabará V. pronto esta indigna comedia?

—Y á V., teniente Juan Robarts,—añadió Corcoran sin pestañear,—tengo el honor de presentarle la señorita Luisina mi mejor amiga... Ahora, teniente, si le place creer que he faltado al respeto de su uniforme, estoy á sus órdenes y pronto á darle satisfacción aquí mismo.

—Está bien, caballero,—dijo Robarts,—veremos eso más tarde... En marcha y sigan V.

No fué largo el viaje.

A un cuarto de legua de allí se encontraba el campo inglés en la ribera de un riachuelo que desagua un poco más abajo en el Nerbudda. Caballos, soldados, vivanderos y toda la caterva que acompaña un ejército en la India, estaba agrupado en pintoresco desorden.

Juan Robarts acompañado de Corcoran y Luisina entró en la tienda del coronel Barclay.

CAPÍTULO V.

CONVERSACION CONMOVEDORA DE LUISINA Y CORCORAN CON EL CORONEL BARCLAY.

El brigadier Barclay que llenaba aquel día las veces de brigadier general, era uno de los oficiales más bravos del ejército de Indias. Había ganado costosamente todos sus grados y no había cesado nunca, tanto en guerra como en paz, de ser empleado en las misiones más difíciles. Ora mandando un regimiento en las fronteras, ora vigilando con el título de enviado, los actos, el gobierno y los preparativos de los príncipes tributarios de la Compañía como Holkar, tenía la confianza de los soldados y conocía á fondo todos los resortes de la política inglesa en la India. Mas no siendo hermano, tío, hijo ni sobrino de ninguno de los directores de la Compañía, no recibía más que misiones repugnantes ó peligrosas. Por eso se le había encargado atacar á Holkar.

Si vencía, ya había dispuesto un general de parada, bien emparentado, que había de correr á tomar el mando del ejército y recoger el fruto de la victoria de Barclay. De ahí el continuo malhumor del coronel y el justo resentimiento contra los favoritos de la eminentísima y poderosísima Compañía de Indias, que no le impedia con todo llenar rigurosamente sus deberes militares. Al entrar en su tienda Juan Robarts, se volvió á él preguntándole:

—¿Qué hay de nuevo, Robarts?

—Hemos hecho una captura importante, coronel. Es un francés que creo espió de Holkar.

—Bien está. Que entre.

—Pero,—dijo Robarts,—no va solo.

—Bueno, que entre con los otros y ponga V. dos centinelas á la puerta de la tienda.

—Pero, mi coronel...

—Haga V. lo que le digo, y no replique.

—Bueno,—pensó Robarts,—ya que no quiere oír mis explicaciones, con su pan se lo coma,—y dirigiéndose á Corcoran añadió en voz alta:—Entre V.

Entró Corcoran precedido de Luisina que á un ademan fué á tenderse á sus pies. La mesa que separaba á Corcoran del coronel la ocultaba á este, quien volviendo la espalda afectaba no ver ni oír al capitán. A causa de esa afectación no notó la presencia de Luisina.

Hubo una pausa durante la cual Corcoran en vista de que el coronel no le hablaba ni le decía que se sentara tomó asiento, cogió un libro de encima de la mesa, y fingió leer con atención.

Por último Barclay comprendió que el prisionero no era de los que fácilmente se amilanaban, y volviéndose á él le dijo con acento breve:

—¿Quién es V.?

—Un francés.

—¿Su nombre?

—Corcoran.

—¿Su profesión?

—Marino y sabio.

—¿Qué entiende V. por sabio?

—Busco el manuscrito de las leyes de Manú por cuenta de la Academia de ciencias de Lion.

—¿A dónde iba V. cuando lo han encontrado?

—En busca de una hija que un bandido ha robado á su padre.

—¿Es una india ó una inglesa?

—La hija de Holkar, rey de los maharatas.

El coronel Barclay miró á Corcoran con recelo.

—¿Qué interés tiene V. en los asuntos de Holkar?

—Soy su huésped,—respondió Corcoran con firmeza.

—Bien,—dijo Barclay.—¿Tiene V. algún papel que le recomienda?

Corcoran presentó la carta del señor Barrowlinson.

—Bueno!—dijo Barclay después de leerla.—Veo que es V. un gentleman. Puede V. tranquilizar á Holkar sobre la suerte de su hija; está en mi campo. Rao la ha traído hace apenas dos horas. Para nosotros puede servirnos de preciosos rehenes; mas no se le ha hecho ni se le hará ningún mal. De ello responde el honor del ejército inglés. Además Rao la respeta, porque ha de desposarla; es el premio de su concurso...

—Mejor dirá V. infame traicion.

—Como V. guste; no alambico las palabras... Y ahora, señor Corcoran, si quiere V. ver á la hermosa Sita y anunciar á su padre que está ilesa en manos leales, no me opongo. Voy á mandar llamarla.

—No osaba pedirlo, coronel, y le doy gracias por su oferta.

El coronel tocó en un gongo, y al punto se presentó Robarts, quien aguardaba con impaciencia y curiosidad el fin de la entrevista. Mucho se sorprendió el teniente de ver á Corcoran tranquilamente sentado á la mesa en frente del coronel, y Luisina entre los dos oculta á Barclay por el tapete que cubría la mesa.

—Robarts,—dijo Barclay,—vaya V. por la señorita Sita, y acompañela aquí con todos los miramientos que un gentleman inglés debe á una dama de la más elevada cuna.